

en fin, con su patriotismo y desprecio al peligro, contribuyeron á dar feliz cima á la empresa que el gobierno habia encomendado al primero.

En cuanto Enrique, el hermano de Luisa, que cayó prisionero en el fortin de la Barra, volvió á verse entre sus compañeros de armas, corrió á suplicar al general Santa-Anna, que exceptuara á D. Andrés del reembarque á que estaban obligados los expedicionarios; y Santa-Anna, que queria premiar de alguna manera el valor que habia desplegado siempre aquel jóven, le concedio la gracia que pedia.

Don Andrés agradeció infinito aquel rasgo debido á la amistad, y cuando el resto de la expedicion española, se embarcaba para la Isla de Cuba, el padre de Pilar caminaba hácia México con un salvo conducto del general mexicano y en compañía del generoso Enrique, á quien Santa-Anna le enviaba á desempeñar una comision con el gobierno.

CAPITULO XXVII.

Encontrarse sin buscar.

Italia tiene una Venecia; esa bellísima ciudad reclinada sobre una alfombra de fragantes flores; acariciada por auras embalsamadas; cobijada por un pabellon de lucientes nubes que oscilan en un cielo purísimo y risueño; bañada por las transparentes linfas del Adriático: Inglaterra tiene á Lóndres, envuelta en las espesas brumas del anchuroso Tâmesis: Francia tiene á la bulliciosa Paris, ciudad de la ilustracion y de la galantería, situada á las orillas del Sena que la divide en dos partes; reina del mundo, engalanada con las joyas conquistadas á la Europa entera: la petimetra del orbe que

extiende su dominio en letras y modas de un polo al otro de la tierra: España tiene á Madrid, embellecida con su magnífico Retiro, su incomparable y magestuoso Prado, donde se eleva el admirable muséo de pinturas, que no reconoce igual en el mundo, y ostentando por todas partes la riqueza y el gusto de una nacion que fué la dominadora de los dos mundos. Pero si Italia tiene su Venecia, Inglaterra su Lóndres, Francia su Paris, y España su Madrid, México tiene á la capital que lleva su nombre, á la antigua *Tenochtitlan*, rico floron de la jóven América: hermosa huri coronada de fragantes flores, muellemente reclinada en un delicioso valle de figura oval que cuenta diez y ocho leguas de largo y trece de ancho, cubierto de flotantes jardines ó *chinampas*, pintorescas aldeas escondidas entre la espesa enramada de los frondosos árboles que jamas se despojan de sus verdes hojas; de floríferas praderas y de magestuosos bosques: valle delicioso y encantador, donde se ostentan como otros tantos espejos del cielo, los grandes y pintorescos lagos de Chal-

co, Zumpango, San Cristóbal, Texcoco y Xochimilco; y donde los pueblos de San Angel, San Agustin de las Cuevas, Tacubaya, Mixcoac, la Piedad, Santa Fé, y otros ciento que, cual lisonjeros, ricos y serviciales cortesanos, rodean á la hermosa emperatriz de la risueña América, manifiestan en su exuberante fertilidad, la predileccion con que la Providencia miró este privilegiado suelo, donde reina una continua primavera.

Hácia esta grandiosa ciudad de las ciudades del Nuevo-Mundo, rica perla del hemisferio setentrional, se dirijian montados en arrogantes corceles y en amistosa compañía, dos hombres de fino porte, aunque de muy diferente edad.

Al salir del largo y admirable monte de Riofrio, cubierto de pinos y enramada, ambos viajeros quedaron suspensos de admiracion, contemplando, arrobados de placer, el risueño panorama que á su vista descoria la indescriptible naturaleza. ¡Y quién no se sorprende profunda y gratamente ante la grandiosa perspectiva que presenta

aquella fértil llanura, que remeda en las exquisitas plantas que ostenta, en sus canoros pájaros de brillante plumaje, en sus multiplicados jardines y sus bosques, el perdido Paraiso? En medio del delicioso vergel que extático admiraban, se levantaba la antigua Mixitly, que en lengua mexicana significa *fuelle* ó *manantial*, de donde ha tomado el nombre de México, sentada en ese extenso valle de vigorosa y variada vegetacion, notable por sus deliciosos jardines, sus feraces haciendas y su hermosa campiña, siempre matizada de variadas flores, presentando una vista la mas pintoresca, la mas sorprendente, la mas risueña que jamas ciudad alguna presentara al viajero. Colocada en la zona tórrida, á dos mil doscientos setenta y siete méetros sobre el nivel del mar, elevacion que la liberta del excesivo calor, haciendo que ninguna de las estaciones sea sensible ni penosa, reúne México á la bellísima posicion que ocupa, y que á nuestros personajes sorprendia, la incomparable ventaja de presentar constantemente una temperatura templada, un cli-

ma saludable y dulce que está en completa armonía con el hermoso panorama que le rodea, y con el limpio, trasparente y claro cielo, que cual luciente pabellon de gasa azul, le sirve de lucífera techumbre. México, la antigua *Tenochtitlan* de los valientes aztecas, con sus siete espaciosas calzadas empedradas y orilladas de frondosos olmos y álamos, que forman otros tantos soberbios caminos que conducen á la grandiosa ciudad: con sus ciento quince magníficos templos elevados al Señor, cuyas gigantescas torres descuellan por encima de los espaciosos edificios que la engalanan; con el variado paisaje que la circunda, con los numerosos pueblecillos que á cortas distancias se ostentan: con sus canales y su magestuoso lago de Texcoco, cubierto de una nube flotante de densos vapores que, levantándose de su superficie como un gran velo acariciado por las auras, oculta la base de los nevados y altivos volcanes de Popocatepetl y de Iztaccihualt, es la capital mas hermosa y pintoresca del mundo, cuya vista sorprende agradablemente al europeo que descubre

en todo lo que á ver alcanza, un carácter nuevo, desconocido, que lleva el sello de la originalidad, que forma la fisonomía de ese país virgen, exuberante y encantador, donde la tierra vigorosa produce ciento por uno el trigo, ciento cincuenta el maíz, y doscientos por uno el arroz.

Cuando el asombrado viajero al acercarse á esa gran ciudad, tiende los ojos desde alguna eminencia, como acontecia en aquel instante á los dos ginetes de nuestra historia, por los objetos que le rodean, no puede formar una idea exacta de la extension de México; pero la brillante blancura del conjunto, la regularidad y solidez de sus espaciosos edificios, las multiplicadas torres de sus numerosos templos en que reflejan los rayos del sol, el considerable número de frondosos árboles que por todas las calzadas extienden su tupido follaje, sus dos magestuosos volcanes, que cual centinelas avanzados levantan su nevada cima hasta confundirse en la gasa diáfana del cielo que forma el blanco plumaje de su reluciente casco, y la admirable arquería de los sólidos

acueductos que de considerables distancias llevan el agua á la poblacion, le dan un aspecto y un tono que no se descubre en la perspectiva de ninguna otra capital del viejo ni del nuevo mundo, y que puede desde luego declararse única en su género.

México es la honrosa página de la historia monumental de ese país, que está manifestando en indelebles caracteres y á todas horas, la inagotable riqueza de su predilecto suelo; un libro de eternos recuerdos donde cada edificio, cada templo, cada acueducto, cada colegio, es una hoja sublime que forma el mas elocuente panegírico de su ilustracion, y que da un solemne mentís á los detractores de esa parte, la mas bella de cuantas se conocen en el mapa: libro, á la vez que honroso para los mexicanos, glorioso para los españoles, que en esas mismas obras monumentales, levantadas en su mayor parte por ellos, dan una contestacion elocuente y sin réplica á los implacables enemigos de nuestras glorias nacionales, cuando se empeñan en acusarnos de egoistas, tiranos y rapaces, olvidándose de que

los ingleses en sus posesiones de la India, nada han hecho por el país conquistado, nada por los desgraciados hijos de aquellas regiones, á quienes miran mil veces peor que á esclavos, y á los cuales tienen sumidos en la mas crasa ignorancia, y en la mas completa abyeccion.

—Ya nos vamos acercando á la ciudad de los palacios, D. Andrés—dijo uno de los ginetes—¿no siente vd. ensancharse el corazón con el risueño halago de la esperanza?

—Ese dulce bálsamo de la vida no existe ya para mí. ¿Ni qué motivos tengo para que me halague esa falsa diosa que acerca á los labios el delicioso néctar de la felicidad para hacernos beber hasta las heces el amargo desengaño que oculta en el fondo de su dorada copa? Está decretado por el dedo de Dios, que cuanto me pertenece, perezca: Ramirez, el hijo amado de mi querida hermana, ese jóven á quien le sonreía un brillante porvenir, y que empezaba á hacer menos penosa mi trabajada existencia, ha perecido á mis ojos, derramando en mi alma el luto y el dolor. Era el sér que ocupa-

ba el lugar de mi Carlos, del hijo de mi corazón, y que ha dejado un vacío insondable que me hace ver con indiferencia el mundo y cuanto me rodea.

Y Don Andrés exhaló un profundo suspiro, inclinó la cabeza sobre el pecho, y continuó su camino sin despegar sus labios, con el pensamiento fijo en sus lúgubres ideas.

Después de un momento de silencio, Enrique se atrevió á dirigirle la palabra, con el único fin de apartar la imaginación de su compañero de viaje, de las ideas funestas que despóticas le dominaban.

—El saber que la jóven que acompañaba á Rossi era la actriz Matilde y no la hermosa Pilar, como vd. temia, debe servirle á vd. de algun consuelo, D. Andrés.

—Sí, D. Enrique; pero ¿quién me asegura que mi hija no ha estado nunca al lado de ese hombre, origen de todas mis desgracias?

—Sus palabras á D. Antonio.

—Palabras que este tiene por falsas, co-

mo las tengo yo, que conozco su pérfido corazón.

—¿Y piensa permanecer mucho tiempo en Altamira el jóven que debió unirse en otro tiempo á su hija de vd?

—Tiene órden de no volver á México hasta no dejar libre de todo riesgo á los enfermos y heridos. ¡Cuánto hubiera dado él por acompañarme!.... ¡Qué alma tan noble la suya!....

—Por eso es desgraciado: está visto que el mundo se ha hecho para los que abrigan una alma pérfida. Ahí está Rossi; mientras otros mil, llenos de hidalgas ideas, han sucumbido en esta lamentable campaña, él recobra la salud de manos del mismo á quien habia ofendido, y se encuentra sano y contento en México, en compañía de esa actriz que le aborrece.

—Que le ama, querrá Vd. decir, cuando se expuso por seguirle, á los peligros de la guerra.

—Es que no vino por Rossi.

—¿Pues por quién?

—Por Miguel.

—¿Por su amigo de Vd?

—Sin duda.

—No comprendo.

—Miguel, como mexicano y valiente militar, disgustado de verse en la inacción mientras otros abrazaban la defensa de la patria, alcanzó despues de muchos empeños, tomar parte en la campaña, y vino á engrosar las filas del ejército de Santa-Anna; Matilde, que se valia de Rossi para tener noticia de todos sus pasos, supo por el astuto sardo, el viaje de mi amigo, y salió inmediatamente de México para observarle, aunque sin atreverse á presentarse á él para no verse expuesta á recibir desaires del hombre que amaba con frenesí.

—Por lo que vd. dice, vengo á creer que no fué casual la caída de Miguel al rio, de que me habló vd. hace algunos dias.

—Sospecha vd. de alguno?

—Sí; sospecho.

—¿De quién?

—De Rossi.

—Tambien yo. Sin embargo, Miguel y el

indio Pablo aseguran que fué un descuido del primero.

—Esa es la version que se le ha dado al menos á aquel acontecimiento.

—Que habiéndose detenido unas cuantas horas en la poblacion, y estando la noche sumamente oscura, al pasar el rio para reunirse á la division, la canoa chocó con otra, y Miguel que iba de pié en la orilla, perdiendo el equilibrio cayó á la agua.

—Es muy posible que así haya sucedido; pero....

—Por fortuna se salvó gracias á los esfuerzos del fiel indio que nada como un pez, y esto es lo principal.

—¿Y dónde se halla ese inícuo sardo á quien no he conseguido ver desde que capitulamos?

—Salió el mismo dia 12 á México, llamado por el presidente Guerrero que le distingue, ignorando el pérfido corazon que abriga.

—¿Y la actriz?

—Marchó en su compañía.

—¿Y es cierto que Miguel ha sufrido el

terrible golpe de perder á sus padres mientras él luchaba contra los expedicionarios?

—Me enseñó la carta en que su amable prima María le comunicaba tan infausta noticia.

—¿Y volvió á México?

—En el momento mismo, con licencia del general Santa-Ana.

—Por lo que he visto, se consagran vdes. una amistad profunda.

—Intima, como la que se profesan dos buenos hermanos; y si deseo llegar á México, no es mas que por tener el gusto de abrazarle, de acompañarle en sus penas.

—¿Y lleva vd. licencia para mucho tiempo?

—Vengo con una comision privada para el gobierno, y probablemente permaneceré quince dias.

—Me alegro, porque esto me proporcionará el placer de poder disfrutar algunos ratos de la agradable compañía de vd.

—El placer será para mí. Además tengo que practicar algunas diligencias, para que pongan en libertad á un amigo que está preso en la Acordada por asuntos políticos, que

es el primer paso que voy á dar al llegar á la poblacion.

—Eso es muy loable.

—¿Y vd. en que calle piensa permanecer?

—No he podido negarme á complacer á D. Antonio, y he admitido su casa.

—Me alegro infinito, porque allí estará vd. al menos solo y atendido por sus criados, como si fuese vd. el mismo D. Antonio. Pero ya vamos llegando á la deseada ciudad.

Un vuelco dióle el corazon en el pecho á D. Andrés al escuchar las últimas palabras: deseaba y temia á la vez llegar al sitio en que pensaba encontrar á la hija de su corazon: el angustiado padre se encontraba en una de esas situaciones excepcionales de la vida, en que el deseo fluctúa entre dos sentimientos diametralmente opuestos, la duda y la esperanza.

A medida que avanzaba hácia la emperatriz de las ciudades del nuevo mundo, que ostenta cuatrocientas noventa calles de catorce varas de ancho, rectas, tiradas á cordel, bien empedradas y con espaciosas ace-

ras, el corazon del anciano latia con indecible violencia hasta entorpecerle la respiracion. ¿Quién es capaz de pintar esa violenta zozobra, esa extraña mezcla de placer y de pena, de ansiedad y de irresolucion, de miedo y de osadía que combaten al hombre que espera de un momento á otro la felicidad de los ángeles, ó el tormento de los condenados?

Don Andrés penetró por fin en la grandiosa capital de la República, de la que pocos meses antes habia salido.

Otro que hubiera fijado la vista en los suntuosos edificios de piedra sillar ó de tezontle (amigdaloides porosa) que embellecen la ciudad entera, y que pueden considerarse por su solidez y capacidad como otros tantos palacios: otro hubiera admirado el agradable tono que prestan á aquella admirable capital, las elegantes y cómodas azoteas que adornan las casas, todas: azoteas que se convierten en otros tantos risueños jardines, cubiertas de pintadas macetas y grandes tiestos, pintados barriles y barnizados búcaros con odoríferos naranjos,

limas, dalias, del D. Juan de Noche, de arbustos y de todas clases de flores que perfuman en ambiente y ofrecen una vista agradable y pintoresca á los transeuntes; otro hubiera contemplado con admiracion, las sólidas y elegantes puertas de goznes de los edificios, las cuales exceden de 18 piés de altura, dando entrada á espaciosos patios cuadriláteros, descubiertos en medio para dar claridad y ventilacion al edificio que se levanta alrededor, y que en sus espaciosas galerías ó corredores, ostenta las mas delicadas flores [colocadas en lindos tiestos, sostenidos en aros de hierro, que adornan la parte exterior del barandal; pero el corazon de D. Andrés estaba demasiado oprimido para que sus ojos pudiesen ocuparse de otra cosa que de verter mil y mil lágrimas que enviaba á sus párpados el recuerdo de mejores dias, que despertaba en su alma el aspecto de aquellos sitios tantas veces por él pisados.

Nada parecia distraerle de sus tristes ideas; y sin embargo, cuando descubria en los balcones, ó al cruzar una calle, alguna

jóven de noble porte, sus ojos se clavaban en ella para ver si era el objeto que buscaba el corazon que, entonces mas que nunca, latia con violenta fuerza.

—Si no me engaño—dijo Enrique al llegar á la esquina de la calle de Plateros y de la Profesa—ya ha llegado vd. á la casa de nuestro amigo D. Antonio.

—Sí señor—contestó D. Andrés deteniendo su caballo:—he llegado; y voy á entregar la carta que para su mayordomo me ha entregado: ya sabe vd. dónde me tiene á su disposicion.

—Mil gracias: ya tendré el gusto de visitar á vd. con frecuencia para ver si le puedo ser útil en algo.

—En estos instantes necesito de la cooperacion de todos mis amigos, para encontrar á mi hija.

—Cuenta vd. conmigo para todo.

—Gracias, D. Enrique.

—Hasta mañana, y valor.

—Hasta mañana.

Y mientras D. Andrés entraba en una de las casas de la calle de la Profesa, Enrique

se dirigia hácia la Acordada, para ver al amigo á quien queria salvar, y que, como dijo á D. Andrés, se encontraba preso por asuntos políticos.

Despues de haber cumplido con el deber de la amistad, y de reanimar el espíritu del preso, haciéndole ver muy próximo el anhelado dia de su libertad, Enrique bajó la ancha escalera de piedra de la Acordada, con la satisfaccion que causa la práctica de una buena obra.

Las doce del dia daban en aquel instante en el reloj de San Diego, cuando puso el pié en el último escalon. Era precisamente la hora en que se agolpan á la puerta de la cárcel las hijas y las mujeres de los que por robos y asesinatos gimen en los calabozos de aquel espacioso edificio.

Enrique apartó la vista con horror del considerable número de mujeres que se agolpaban con sus canastas en que llevaban la comida á los criminales, á la puerta que da entrada á la cárcel. Ya iba á poner el pié en el dintel para salir á la calle, cuando tropezó con una mujer miserablemente

vestida, que entraba con una canasta en la mano. Como era natural, cada uno fijó la vista en la persona con quien habia tropezado, y Enrique creyó haber visto otra vez las facciones de aquella mujer; pero ella, cubriéndose al instante el rostro con el rebozo, entró al edificio, y se acercó á una puerta enrejada, con una ventanilla de fierro, detras de la que se veian los feroces rostros de los presos.

Enrique se quedó afuera haciendo memoria del lugar en que otra vez creia haber visto á aquella mujer: examinó con la imaginacion todos los sitios que habia recorrido, las casas que habia visitado, y nada pudo vislumbrar, sino que la fisonomía de aquella mujer no era desconocida para él, que la habia visto en alguna parte, que estaba persuadido de elló.

Indeciso sobre lo que debia hacer, permanecié otro instante parado fuera del edificio, sin resolverse á partir ni á entrar.

La determinacion que por último abrazó como la mas acertada en su juicio, tendrá oportunidad de verla el lector en el primer capítulo del siguiente tomo.